



## Punto de vista

**Lluís Bertran i Saura**  
 Director de gestión y políticas públicas  
 Centro de Estudios Económicos y Sociales

# Estado del bienestar y cultura del esfuerzo

La actual crisis económica está poniendo en evidencia cuáles son los límites del estado del bienestar. Ya no sólo desde posiciones liberales, sino también desde la democracia cristiana y la socialdemocracia, se coincide que es del todo insostenible seguir aumentando exponencialmente el gasto social. La crisis nos está dando un baño de realidad, y nos obliga a redefinir el estado del bienestar, y, en definitiva, a adaptar los sistemas de protección social a este mundo global del siglo XXI.

Sin embargo, no se trata de ajustes coyunturales consecuencia de la recesión económica, que una vez superada nos permita retomar el camino del gasto público desbocado. Muy al contrario, la contención, la austeridad, la prudencia y la eficiencia parecen principios básicos que tendrán que regir la actuación de los gobiernos a la hora de afrontar su gasto social en los próximos decenios.

Por un lado, es un hecho que el aumento indefinido de la presión fiscal no es un escenario realista. A estas alturas, las familias de clase media ya tienen que dedicar impuestos entre un 30 y un 40% del total de sus ingresos, y hemos llegado a tipos impositivos sobre las rentas del trabajo de hasta el 50%.



*Puja*

Por otro, un aspecto clave en los próximos años será la eficiencia en la gestión de los recursos públicos. Habrá que hacer del sector público un sector competitivo y con gran capacidad de resolución. Menos burocracia y más respuesta a las necesidades reales de los ciudadanos. Unas administraciones públicas más eficientes y productivas ayudarán de forma notoria a la sostenibilidad del estado del bienestar. Por eso, ya no se puede decir que el Gobierno que más gasto social hace sea el Gobierno más social. Para poder valorar si la política de un Gobierno es más o menos social tendremos que analizar los resultados de sus acciones, y de forma global. Seguramente será más social un Gobierno que desburocratiza trámites para la creación de pequeñas empresas, que organiza un servicio de ocupación imaginativo y resolutivo, que con el mismo dinero mejor gestionado consigue un mayor número de residencias para personas mayores, que aquel Gobierno que se limita a alargar o aumentar las prestaciones de paro. La realidad de este siglo que acaba de empezar ya no puede sostener análisis simplistas en este terreno.

No hay duda de que el estado del bienestar es una conquista social y que se tiene que mantener, como también se tiene que mantener la inversión pública. Ahora bien, siempre en la justa medida, sin ahogar la libre iniciativa de los ciudadanos, sin quitarles motivos para levantarse cada mañana para ir a trabajar o a buscar trabajo de lo que sea y allá donde sea, sin incentivar una pasividad deshumanizadora, ayudando a aquellos y únicamente a aquellos que realmente lo necesitan, y animando al resto para que piensen más en lo que pueden aportar a la comunidad que en lo que pueden recibir.

Es necesario recuperar los valores del trabajo bien hecho, de la responsabilidad y del esfuerzo personales, y desterrar la idea de que el estado del bienestar es un auténtico padre proveedor, una auténtica barra libre. Sin dejar de proteger a aquellas personas que temporal o definitivamente han quedado excluidas de los beneficios del libre mercado, hay que poner mayor énfasis en la igualdad de oportunidades a partir de la formación, en la cultural del esfuerzo, en la dignidad y la autonomía de la persona, en la capacidad de trabajo y en el espíritu de superación.

Los niños son preciosos, pero también perfectamente incompetentes. «Su presencia impone el valor absoluto de una persona, y subraya la función relativa de toda actividad económica. Paciencia, ilusión, originalidad, aprendizaje, buen humor, son valores que irradia un niño pequeño.»

Añade que «el trabajo y la persona son los ejes de una vida». Entre el trabajo y la vida tiene que haber conciliación, pero a menudo hay contaminación. Dos pesos que recaen en la misma espalda. Esto causa mal humor en casa y desinfla para el trabajo del día siguiente. Cita *Caritas in veritate*: un trabajo que no satisfaga las necesidades profundas personales y familiares del trabajador no resulta sostenible a medio plazo.

Todavía el estudioso escribe que la empresa tendría que ser una comunidad de personas. La familia es el modelo donde se hace un esfuerzo por buscar para cada persona su talento y acomodo. Califica de patología el querer hacer demasiadas cosas a la vez y lo más deprisa posible. Así siempre llegamos tarde. Explica cómo Joseph Ratzinger, cuando era profesor, escribió que el estrés de nuestras sociedades opulentas es como el castigo de Sísifo, por el hecho de olvidar la orientación sabática de todo trabajo y de la creación.

Hay que ser «un líder prudente, que busca las virtudes olvidadas del silencio, la sonrisa, la generosidad, el orden, la perseverancia, la sinceridad... la humildad. Que descubre los propios errores y tolera los defectos del prójimo. Que domina su oficio y ama su trabajo.»

Perdón por la extensión de mis notas. No se pueden leer cosas interesantes. La entrevista tiene un gran interés. Y hace que me dé cuenta de mi incompetencia. Perdón.



## Saber escuchar

**Joan Guiteras i Vilanova**  
 Deán del Capítulo Catedral de Barcelona

# Somos una sarta de incompetentes

Gabriel Ginebra, doctor en organización de empresas, en su libro *Gestión de incompetentes: un enfoque innovador de la gestión de personas*, escribe: «Los niños tendrían que estar más presentes en las oficinas, pero también las personas mayores, y las que no tienen estudios y los talentos medios; y los tímidos y los que no saben idiomas; y las madres de familia que han dejado de trabajar durante algunos años. Si no lo hacemos así, perderemos muchos talentos: recuerdos, experiencias, contactos...» Como quien dice: «Ponga un niño en su oficina.»

El profesor afirma que el reconocimiento de la incompetencia, la propia y la ajena, es el principio del aprendizaje. Aplicación del sabio principio del filósofo Sócrates: «Sólo sé que no sé nada.» «Cada día —dice el autor— verificamos un signo inverso de empresarios, intelectuales y políticos, que cegados por sus éxitos se niegan a reconocer sus errores y a aprender. No quiero dar ejemplos. El panorama actual de la crisis lo ha puesto de manifiesto, aunque muchos otros tienen que caer del caballo.» El doctor aclara: «Ponga un niño en su oficina.»

## A propósito de...



**P-J Ynaraja**  
 Capellán del Montanya  
 (ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net)

# Actualidad más o menos actual

Escribía las últimas semanas siguiendo una cierta continuidad lógica. Se me ha acabado la cuerda y debo iniciar otros derroteros, pero ¿hacia dónde continuar o qué dirección tomar? Si uno no se plantea una meta, aunque sea imaginaria, a lo mejor llega a ella y pasa de largo. He pensado que podía dedicar algún artículo a asuntos relacionados con la Iglesia, que últimamente me preocupan. Son realidades, algunas positivas y otras que no lo son tanto. Mi propósito es colaborar a estimular inquietudes y despertar de letargos.

No podemos ignorar, los que pertenecemos a esta cultura que llamamos occidental, que si por una parte asistimos consternados a la vaciedad de muchas de nuestras liturgias, por otra se escriben ensayos y se proclama en entrevistas, que se reconoce la existencia de una espiritualidad asumida sinceramente y se reclama el derecho a vivirla, pero, generalmente, se la quiere sin la mediación de organizaciones organizadas de organismos. Lee uno a veces expresiones de este tono: creo en un ámbito espiritual que me une al universo, siento algo en mi interior que mantiene y da sentido a mi vida, sí, soy religioso, pero sin necesidad de pertenecer a ninguna iglesia que me oprima y mediatice...

Reconozco que cuando oigo expresiones de tal índole, pienso en mi interior: pues precisamente uno de los motivos por los que me siento cristiano, es porque proyecto mi existencia de idéntica manera. Cambio de tercio. Vivimos en un mundo invadido de informaciones sociales, de comunicaciones de masas, de empacho de noticias sin trascendencia, a las que se le da un valor excesivo e impropio. Vaya un ejemplo. Se discute el cambio de lugar urbano de unas palmeras o la inoportunidad de plantaciones de eucaliptos, como si dependiera de ello la prosperidad del país. Diría uno que somos una sociedad que goza saboreando conflictos que la esterilizan. Se aleja uno de estos conglomerados de cultivo de chismes y se encuentra la vida lozana de los bosques. Hace unos años se quemaron grandes extensiones arbóreas, el paisaje aparecía ceniciento y triste. Los medios hablaron de ello. Ahora han dejado serenarse a la naturaleza, el silencio la ha abonado, el inculto dominguero ya no la ensucia ni incendia, ya que ni siquiera se acerca.

Cuando uno sale de casa en busca de una cima, para disfrutar haciéndolo y divisoando un bello paisaje o quiere volver a encontrarse con aquella fuente que mana silenciosa, se encuentra rodeado de una vegetación joven, que crece ufana y se siente uno personaje insigne, al que se le permite caminar por una encantadora alfombra verde. Han crecido las plantas anónimamente y nadie habla de ello, pero con su encanto dan fe de la riqueza del terreno.

Me traslado al terreno eclesial. Abundan y se da publicidad a discusiones sobre si el proceder de cierta clerecía es el adecuado o si el obrar de la jerarquía está de acuerdo con la democracia que debe impregnarlo todo. La palabrita, o su significado, se ha elevado al supremo altar enclavado en el centro de la vida social, olvidando que muchos déspotas fueron elegidos gracias a ella y de ello se valieron para su injusto proceder.

A los que desean espacios donde dejarse empapar de espiritualidad que dé sentido a su vida y ayudas para orientar su proceder, les sobran estas discusiones. Gracias a Dios, medio escondidas, sin cerrar sus puertas, en páramos, en montañas o en la gran ciudad, viven silenciosas comunidades, que no meten ruido, que no discuten, simplemente adoran e interceden.